

# LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VICHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mütuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—  
Ante una cuna, poesia por Antonio Grilo.—Hay mas allá, novela por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Benjamina, novela por José Fernandez.—Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO

#### CARTAS Á JULIA.

*Continuacion.*

XXXIX.

—¿Qué es lo que me has escrito, Julia? Qué palabras son esas que han venido á abrazar la mente y el corazón de la pobre solitaria que á falta de dicha verdadera procura formarse una ficticia? Oh, Dios mio, esas palabras de fuego han desmoronado en un instante el edificio á tanta costa levantado, y donde ayer veía bellas columnatas y elegantes chapiteles, hoy no diviso más que ruinas... nada más que ruinas miserables!...

Hace dos noches que no duermo... Hace dos días que cuanto veo, cuanto toco, me es

odioso... Huyo aquí y ayá para sustraerme á la vista de los míos, y cuando vuelvo entre ellos hallo sus miradas fijas en mí con angustiosa ansiedad!... Es que mis párpados inflamados les revelan que he llorado!...

Sí, lloro, Julia! Ah! ¿por qué has turbado mi calma? ¿Por qué has venido á revelarme esos inefables misterios de un amor correspondido, esas delicias sin nombre, que jamás ¡ay! jamás deben saborear mis labios?...

Amar y ser amada! sentir y comunicar esa llama sublime que ilumina tierra y cielo... vivir una doble vida!... una vida siempre renovada por los transportes de una pasión sin límites, ¿no es esta la única gloria de la mujer? ¿No es este el único fin para que fué creada?

¿Qué hago yo, pues? Vejeto! Vejeto como el árbol, como la tierra, como ese musgo que huella con mis plantas!

Pero no, Dios mio, que la tierra, el musgo y el árbol, aman y son amados!...

¿Qué hago entonces yo? ¿Qué soy?... Por qué he nacido?...

Tocan á misa...



La religion que tiene bálsamo para todos los dolores, tal vez los tenga para curar la herida que has abierto en mi pecho y está brotando sangre!...

XL.

Me he equivocado: el amor no es el único objeto de la vida de la mujer, no es su única gloria... He visto á la madre de Dios estrechando á su hijo moribundo entre los brazos!

Antes de su divina aparicion en la tierra, la mujer era esclava... Despreciable instrumento de placer, que el hombre rompía y arrojaba á un lado, cuando el bastío llegaba á inutilizarlo; frívolo juguete perdido en el golfo tormentoso de las pasiones, que flotaba aquí y hallá, destrozándose contra los escollos ó hundiéndose en el cieno, débil navecilla, abandonada al azar, sin brújula que la guiase, sin velas ni jarcias que la protegiesen contra el empuje de los vientos; de cualquiera manera que fuese, la mujer amada ó aborrecida arrastraba su precaria existencia, sujeta al yugo tiránico de su dueño ó al yugo mas tiránico aun de las pasiones

Pero María vino al mundo, y la mujer quedó redimida.

Desde que á María se la erigieron altares, la mujer fué colocada sobre un alto pedestal, para recibir los tributos de adoracion y respeto de sus antes despóticos y altivos compañeros.

Pero la gloria de María no la constituye su título de esposa... Dios la escogió entre todas las mujeres por su inmaculada pureza, para que albergase en su seno al Verbo Sacrosanto... Como Virgen y madre fué divinizada, y Virgen y madre la aclaman los fieles en la tierra, y los querubines en el cielo...

¡Virgen y Madre! tipos sublimes que compendian y reasumen todas las bellezas ideales! Virgen, cobija bajo sus blancas alas al género humano, y le purifica de las inmundicias del pecado; Madre, nos dá el ejemplo del amor

de los amores, del amor inmaterial y celeste, que empieza en su Divino Hijo, se extiende á las criaturas, y llena el Universo...

Solo siendo Madre podría la Reina de los Angeles ser espejo de abnegacion, fuente de consuelo, estrella de esperanza!... Solo siendo Madre, María pudo ser perfecta...

Luego el amor del hombre hacia su compañera, el amor terrestre es el medio para llegar al otro, no es el fin... Luego esas delicias que tanto mehan turbado, no son más que el prefacio del gran libro de nuestra vida, no son más que el pasaje, cubierto de flores ó abrojos, por donde penetramos en el santuario de luz y de esplendor... el santuario de la familia... luego la verdadera, la única gloria de la mujer, es estrechar contra su corazon tres ó cuatro ángeles rubios y sonrosados, que con sus voces argentinas, la llamen: *madre mia!*

XLI.

*Madre mia!*... ¿Oiré yo nunca esa música suave resonar en mis oídos?... ¿Podré transmitir nunca á otras criaturas inocentes, seres de mi mismo sér, carne de mi misma carne, vida de mi misma vida, esta inmensa llama de un amor sublime que me devora el pecho?

¡Oh, cuán bello será el despertar por las mañanas, y ver reflejados los rayos del sol en sus pupilas azules; Cuando sonrian y me acaricien con sus diminutas manecitas!... ¿Podré yo alguna vez sentarlos sobre mis rodillas, y enseñar á sus voces infantiles á que pronuncien la oracion de los creyentes! ¿Podré yo alguna vez velar junto á su cuna, y espiar sus movimientos y sonrisas, y recoger sus suspiros, y oír como entre sueños sus lábios murmurar: *madre mia.*

*Madre mia!* Qué magnífico poema encierran estas dos palabras!

*Madre mia!* Ah, la mujer que espere oirlas, debe adornar su corazon con todas las virtudes, como adornamos nuestra estancia para



una solemne fiesta; la que las haya oído debe prosternarse ante Dios, y darle gracias día y noche, por la inmensa felicidad de haber nacido!...

Continuará.

Angela Grassi.

## Ante una cuna.

¡Silencio! Apenas se advierte

Su lenta respiración,

Y de mis cantos el son

No quiero que la despierte.

Dejadla que duerma así,

Mientras velo á su presencia

El sueño de la inocencia

Que entre lágrimas perdí.

Duerma la niña inocente

Con dulce y tranquila calma,

Sin tormentas en el alma

Y sin nubes en la frente.

Ese mundo celestial,

Ese candor peregrino,

Ese embeleso divino,

Ese sueño virginal,

Es del ángel que la guarda

La aparición venturosa;

Es la cita misteriosa

Con el ángel de la Guarda.

Es que el ángel, sin enojos,

Detiene en su cuna el vuelo;

Es que para ver el cielo

Tiene que cerrar los ojos.

Madre, que velas por ella,

Y que por ella deliras;

Tú, que en sus ojos te miras

Como en el lago la estrella;

Goza el eden celestial

De tu espléndida fortuna,

Entre esa cándida cuna

Y el tálamo conyugal.

Si un ángel el cielo os dió

Cual fruto de amor fecundo,

Y al contemplarle en el mundo

Del mundo le arrebató;

Si la hermosa primavera

Que Dios viste de colores,

Llorais de vuestros amores

Perdida la flor primera,

Un ángel el cielo os manda

Como aquel que se llevó;

Si una Concha os arrancó

Os dá una perla en Fernanda.

¡Silencio! Apenas se advierte

Su débil respiración,

Y de mis cantos el son

No quiero que la despierte.

Envuelta en ricos amores

Luce cándidos aromas:

Así dormirán las flores,

Los cisnes y las palomas.

Mañana cuando despierta

Cruces del mundo los mares;

Cuando entiendas los pesares

Y esté tu cuna desierta

Plegue al cielo conceder

Que tras tu alegre existir,

Lo que dejastes al venir

Te lo encuentres al volver.

Antonio F. Grillo.

## ¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuacion.)

—Vamos, un poco de valor, dijo la señorita de Montemar, la que ha sido tan fuerte en la desgracia ¿será débil para la dicha?

—Estoy tan poco acostumbrada á ello! murmuró la niña con infinita dulzura.

El anciano marqués estaba tan conmovido que al escuchar aquel acento tímido y suave, llevó una mano á sus ojos para enjugar una gota de llanto.



Nina fijó en él sus hermosos ojos azules, y murmuró.

—¿Con que no me rechaza usted, con que me ama? con que no se desdena de llamarme hija?

—Oh! nó! ¿y quién te habia de rechazar, pobre ángel mio, quién te habia de rechazar despues de conocerte, de verte una vez?

Y tomando su mano la besó con efusion. Parecia que con aquel involuntario movimiento la pedia perdon por aquellos años de abandono.

En aquel momento los criados que habian salido en busca de Alvareda, volvieron anunciando que en breve estaria allí.

—Oh! sí, sí; que venga, y me saque de esta inquietud, exclamó el anciano.

La señora de Montemar llegó tambien en aquel momento y viendo tan agitado al marqués le preguntó la causa, que él se apresuró á manifestar, diciéndole los lazos que le unian con Nina.

La madre de Clara colmó á la niña de caricias, y aunque aquel inesperado suceso la robaba muchas esperanzas, ó no se fijó en ello en aquel instante, ó supo ocultar sus impresiones con admirable disimulo.

Todo cuanto la rodeaba desde entonces parecia preparado para hacer dichosa á la jóven.

La providencia que la habia conducido á aquella casa parecia allanarle los caminos de la vida, y hacérselos tan suaves y hermosos como antes habian sido ásperos y dolorosos.

Sin embargo, el recuerdo de su aldea, de Lucia y de Agustin, del padre Antonio sobre todo, no se apartaban de su mente, y en medio del amor con que parecian acogerla todos, echaba de menos el santo cariño de los protectores de su infancia.

Alvareda se presentó seguido de Julio, y sentándose á la cabecera del lecho, examinó á la enferma con detencion. Durante este tiempo, Clara ponía á su hermano al corriente de todo lo ocurrido, manifestándole el parentesco que le unía con Nina, y asegurándole que se sentia dichosa por haber contribuido á que su tio la reconociera en los términos que lo habia hecho.

—Oh! exclamó Julio estrechando la mano de su hermana, has obrado bien, Clara mia, y hoy mas que nunca me enorgullezco de ser tu hermano.

—Sí; ha obrado bien! exclamó la señora de Montemar, ha obrado bien, y probado una vez más la generosidad de su corazon; mucho mas que al hacerlo así no ha pensado...

—¿En qué? preguntó Clara con viveza.

—En que vosotros dos érais antes los únicos herederos de mi hermano, mientras que ahora... La señora de Montemar no podia evitar en aquel instante que su acento tuviera un lijero tinte de amargura.

Clara no lo notó siquiera.

Hay almas tan bellas que la ambicion y la vanidad, y el egoismo pueden pasar á su lado sin manchar su brillante aureola.

La de Clara era una de ellas.

Así es que se encogió de hombros y solo dijo á su madre, con una dulzura infinita.

—Estoy cierta que mi tio me lo agradecerá, y me amará mas de hoy en adelante.

—Oh, bien decia yo, que Nina tenia un aspecto demasiado distinguido y demasiado digno para no pertenecer á una clase elevada. Hay criaturas tan privilegiadas que como el diamante brillan entre el lodo y lanzan sus destellos en la oscuridad.

Julio pronunció estas palabras con una vehemencia indecible, y despues dirigió sus ojos á Nina, cuya mirada se tornó tambien hácia él por una atraccion ignorada.

Las mejillas de la jóven se tiñeron de un vivo carmin y Alvareda tuvo que repetir una pregunta que acababa de hacerle sin obtener contestacion.

El marqués sin revelar al jóven médico los lazos que le unian á la enferma, manifestó por ella tan vivo interés, que no pudo por menos de llamar su atencion.

Se mostró sin embargo un tanto reservado para dar su fallo, y como el dia anterior, solo manifestó que confiaba en salvarla.

La crisis por que habia sido llamado habia pasado yá, y en nada tuvo que alterar el plan que habia marcado anteriormente.

Cuando se despidió, Julio le acompañó hasta la antecámara y le preguntó á su vez.

—¿Creeis, mi querido amigo, que Nina se salvará?

—Tengo gran esperanza de conseguirlo, y á menos que cualquier incidente se interponga...

—¿Qué quieres decir?

—Yo creo que desde anoche esa jóven á debido sufrir alguna violenta emocion.

—Y si esto hubiera sido...

—Todo esto la perjudica mucho: hay mugeres de un sentimiento tan delicado, de un corazon tan impresionable que se asemejan á esas plantas débiles y hermosas que un rayo de sol marchita, que una ráfaga de viento deshoja.

—¿Y Nina es una de ellas?

—Sin duda.

—Y su existencia...

—Pudiera correr peligro, al menor choque, al primer dolor.

—Pobre niña!

—Julio, si amas á esa muger, procura no decirselo nunca, ó á lo menos que sea una verdad el



afecto que la ofrezcas. Creo un deber hablarte así, por que encuentro algun misterio en lo que está pasando aquí.

—Pues bien, á qué negártelo! sobre todo, yo creo que pronto se hará público, pues mi tío, una vez que ha dado el primer paso, no vacilará en seguir adelante y reconocer á Nina como nieta suya, dándole el nombre y la posicion que la pertenecen.

—Ah! luego ella es...?

—Hija de don Diego del Prado, y por consiguiente prima mia.

—Ya me explico el afán del marqués y su empeño por salvarla. Y vosotros sabíais...?

—Solo mi hermana habia logrado, no sé como, averiguar este secreto, y segun creo, á ella se debe el que...

—Oh! tu hermana es un ángel! exclamó Alvareda suspirando.

—Qué dices?

—Nada! que á los ángeles se les debe adorar de rodillas, y este es el afecto que tu hermana merece.

—Luis, salva á Nina, exclamó Julio estrechando con efusion la mano de Julio, salva á Nina, y unámonos para todo!

La juventud es expansiva y confiada, y los dos amigos se creyeron fuertes con su mútua amistad, sin que ni uno ni otro hubiera definido exactamente que era lo que sentian ni que era á lo que aspiraban.

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilchez

## BENJAMINA.

(CONTINUACION)

Los parientes de la chica puesta en berlina y el capellan del regimiento, que tomó cartas en el asunto, le anduvieron apurando para que se casase con ella, hasta que el enfermo, por amor ó para librarse de sus importunidades, casi sin esperanzas de vida, le dió el anillo nupcial. Para aquella boda no se pidió mi permiso, indispensable para el acto civil, y se efectuó con gran secreto el matrimonio eclesiástico. Yo hice la vista gorda, porque se trataba de un acto de justicia y aun estaba dispuesto á procurar el arreglo legal del negocio, si, una vez curado el enfermo, hubiera mostrado una buena voluntad; pero el muy veleta cuando se vió restablecido,

al mudar de guarnicion el regimiento, mudó tambien de modo de pensar y no quiso oír hablar más de casamiento sagrado ni profano ¿Lo habeis entendido ahora? Vuestro sargento está casado en regla y su infeliz mujer legítima abandonada, no puede hacer valer sus derechos por falta del acto civil. Ahora, si se le antojase casarse con otra en presencia del alcalde, las leyes le dan amplia facultad para ello... Nuestra legislacion es así... Yo nada puedo hacer en esto.

—Está casado, dijo Mariana, dando un profundo suspiro, está casado! Con esto está dicho todo. Es preciso un rompimiento, bien lo veo... Y vos, señor coronel, no podriais hacerme el favor de decir con seriedad cuatro palabras á vuestro sargento para que nos deje en paz!

—Si puedo y lo haré, si lo deseais. Pero, ¿de qué os servirán mis buenos oficios y mis reprensiones? Seria machacar en hierro frio. A Mario no le quedan mas que cuarenta dias para concluir el tiempo de servicio, y sé de buena tinta que no quiere reengancharse más, con la añadidura de que anda diciendo por ahí que en Orleans le espera un buen empleo de seis francos diarios y que sé yo qué más

—¡Ah! si no estuviera casado, ¡qué buen partido seria! murmuró Mariana.

Y se fué muy mohina á idear la manera de deshacerse del sargento.

## APÍTULO II.

### Fray Catone y el matrimonio civil.

En aquellos dias empezó á frecuentar la casa de la cuitada viuda el cura de la parroquia, hombre hábil, experimentado, prudente y celoso por el bien de las almas de sus feligreses, invitado bajo mano por Mariana para buscar los medios de desengañar á su hija. El padre Catone que tambien frecuentaba la casa, empezó á predicarla, pero sin fruto al principio, de modo que aquello era predicar en desierto. Mas no por esto se desaminaba el santo varon sino que redoblaba su celo para sacar aquella alma de las garras del demonio, diciéndole cuanto podia imaginar para persuadir á una muchacha enamorada, como una loca. Luisa protestaba que el sargento la queria con buen fin y que le habia hecho repetidas veces el juramento de no verla, si era preciso, hasta despues de haberse casado con ella para hacerla la mujer más feliz del mundo. Fray Catone á tan descabelladas palabras cerraba los ojos, bajaba la barba hasta tocar con ella el pecho, y levantando la mano extendida, exclamaba:

—¡Ah! hija mia. ¿Qué dices? No conoces que todo



esas almibaradas palabras son como la miel, que se pone para atraer á las moscas y que las usan siempre los hombrassin conciencia para engañar á las muchachas? A tu edad ya podías conocer que no es tu dicha lo que ese villano se propone, sino tu perdición. ¿Dónde se ha de casar contigo? ¿en la iglesia? No, que ni tu madre, ni el cura, ni yó podemos permitirlo. En la Sala tampoco, porque tu madre no consentirá en tu ruina.

Pero supongámos que tu madre condescienda y te lleve ante el alcalde para que logres tu descabellado capricho: ¿qué lograrías con esto? Ante las leyes humanas serías esposa de aquel hombre; mas con arreglo á las leyes de Dios quedarías excomulgada; esto es, separada, borrada del número de los cristianos como una hebrea y aun peor, y como si no hubieras recibido el bautismo... ¿De qué te serviría la sala sin el anillo? ¿Crees acaso que en el tribunal de Dios se encuentran los registros de la alcaldía? Ante aquel tribunal (al que á cada momento podemos comparecer) en fuerza de aquellos registros tan sólo tendrías derecho á que tu alma fuéese condenada mientras echaran tu cuerpo á la tierra. Todo lo que podías esperar del acto civil, efectuado en la sala, es que los bienes que acaso adquirieras pasasen á tus hijos... Mas ¿qué digo á tus hijos? A tus bastardos deberías decir, porque tales serían tus descendientes, si los tenías, sin poderles mirar siquiera á la cara de vergüenza, temiendo siempre que te reprocharan tu delito, que llenaría su vida de rubor... ¿Qué existencia tan horrible llevarías con tanta vergüenza en el rostro y tantos remordimientos en el corazón! ¡Estar siempre en pecado mortal, cómo desbautizada, á las orillas del infierno! Si tal hicieras tendrías que arrancarte del cuello el escapulario de la Virgen del Carmen y las medallas que te dió tu antigua maestra, porque serías una condenada en vida, una heredera hija del demonio. Yo te había considerado siempre como hija mía, desde que te di la primera comunión (eras tan buena entonces!). Si continuas en ese precipicio, reniego de tí para siempre... Y después, aun en este mundo, hablando de tejas abajo, ¿crees, por ventura, que pudiera serte fiel el que abandonase á su verdadera y legítima esposa para casarse con otra que no podría serlo? Si no respeta á la que unió con él el sacramento de Jesucristo en presencia de la Hostia y el Cáliz, ¿te respetará á tí, desposada sin luz, sin altar, sin bendición, sin Dios? Hija de mi alma, piénsalo bien; así se casan los turcos; pero los hijos de Dios, bautizados, confirmados, consagrados con la Eucaristía, se casan en la iglesia, y en ella no puedes tú casarte con ese hombre.

Así hablaba el anciano y venerable fray Catone; sencillamente llamando al pan pan, y al vino, vino. Luisa no sabía qué contestar: por una parte la seducían el orgullo de un estado señorial, el deseo de gozar de

libertad, el ansia de ver el mundo, y sobretodo un amor ardiente y loco; por otra la aguijoneaba su conciencia: los remordimientos penetrantes y dolorosos taladraban sus entrañas y abrían una llaga saludable y benéfica. Las lágrimas comenzaban á hinchar sus párpados; la vergüenza asomaba á sus mejillas y la obligaba á clavar los ojos en tierra, y sin osar levantarlos permanecía muda é inmóvil. Al verla también dispuesta no quiso fray Catone desperdiciar la ocasión, y prosiguió alentándola con tierna solicitud para que se separa del sargento, aconsejándole que viviese retirada y que su madre la acompañase al ir y regresar del taller hasta que Mario marchase á Francia y todo volviese á entrar en órden. Como sello y garantía de todas estas precauciones recomendó á entrambas, madre é hija, que fuésen descalzas á la ermita de la Santísima Virgen de Lavasina, después de haber limpiado su conciencia, y que mandasen celebrar una misa en su altar, seguras de que esta misericordiosa Señora las ayudaría en tan terrible aprieto. Aquellas pobres mujeres cayeron de rodillas á los pies del venerable sacerdote, que alzó su descarnada mano y las bendijo en nombre del Altísimo, dándolas á besar el cordón de san Francisco.

(Continuará.)

José F.

## EL PORVENIR,

¿Quién eres? donde estás? ¿porque velado  
entre negros crespones,  
siempre á mis ojos la verdad ocultas?  
oh! por qué despiadado  
mi eterno afán y mi delirio insultas?  
¿por qué burlas mis bellas esperanzas,  
haces mi sueño vano,  
y al ir asirte trémula mi mano,  
mas y mas lejos sin piedad te lanzas?  
Una vez y otra vez con loco anhelo  
luché con mi impotencia,  
ansiando desgarrar el denso velo  
que envuelve el mas allá de mi existencia;  
te llamé con acento delirante,  
hacia tí con afán tendí las manos,  
y dirijí mis ojos anhelante,  
mas siempre fueron mis esfuerzos vanos:  
mis manos al cerrarse nada hallaron,  
y mis cansados ojos



oscuridad doquier solo encontraron.  
 ¡Triste ley en verdad, sino menguado!  
 ¿dónde existe del hombre el poderío,  
 señor de la creación apellidado?  
 ¿en dónde existe su mentida ciencia  
 si en su afán incesante,  
 trocar no puede su destino impío,  
 ni romper el misterio  
 que cerca por doquiera su existencia?  
 de su mañana y de su ayer ¿qué tiene  
 en el hoy de su vida?  
 de ayer, solo un recuerdo, sombra vana  
 que guarda el pensamiento;  
 y del triste mañana  
 una esperanza de placer mentida;  
 mentida, sí; las flores nacaradas  
 que encuentra de su vida en el camino  
 brindándole su aroma y sus colores,  
 rosas de un día son, mentidas flores  
 que al siguiente perecen desojadas  
 por el viento fatal de los dolores.  
 ¡Oh! si Dios en su sábia omnipotencia  
 puso al crear el mundo  
 un límite á la humana inteligencia;  
 si dijo al hombre con potente acento  
 «vive y el fin de tu existencia ignora;  
 y ten únicamente,  
 del pasado el recuerdo, y del presente  
 la realidad fatal ó halagadora;  
 mas no intente jamás tu pensamiento  
 saber el porvenir: yo por tí velo,  
 y solo comprenderle á mí me es dado.  
 Vé, y por la estrecha senda de la vida  
 camina sin recelo  
 en mi justicia y mi bondad fiado;»  
 ¡porque te afanas pensamiento mío  
 si nunca alcanzarás lo que ambicionas!  
 Oh! sigue sigue porvenir sombrío  
 ocultando á mis ojos  
 la realidad que descubrir ansio;  
 no me reveles nunca ese mañana  
 de mi cansada vida;  
 deja cruzar de mi existir la nave,  
 siempre por la borrasca combatida,  
 si en los brazos de Dios, amparo cierto,  
 al fin ha de encontrar seguro puerto.

Enriqueta Lozano de Vilchez

## EL RESCATE DE LAS CIEN DONCELLAS.

=

En el mes de setiembre de 791, era grande la consternación que reinaba en las primitivas poblaciones cristianas que habían podido fundarse en los elevados riscos de las Asturias. Oviedo, que desde el reciente advenimiento al trono del rey don Alfonso II iba á ser, sino la capital de su estado, por lo menos el sitio preferido de su residencia, participaba mas que ninguna otra población de aquella ansiedad general. Amagaba efectivamente un suceso que cada vez que se reproducía turbaba el reposo y la paz de la familia: los infieles habían tenido audacia para reclamar de Alfonso el pago del torpe tributo pactado por sus antecesores, mediante el cual, cien doncellas cristianas, mitad nobles y mitad plebeyas, habían de ser entregadas en poder de los impuros dominadores de la península. Ya habían entrado en Oviedo los encargados de recaudar aquel infame tributo, ya habían paseado las calles con insultante arrogancia, ya la suerte estaba decidiendo de las víctimas, y los árabes solo esperaban retirarse triunfantes con su ansiada presa.

Los habitantes consternados, los ancianos y las mugeres acudían presurosos al templo del santo mártir Vicente, aquel templo venerado que había sido el núcleo de toda la población de Oviedo, y allí pedían á el santo patrono librase de aquella calamidad á las prendas de su cariño. Los jóvenes en tanto, estacionados en la plaza y en las avenidas del templo, manifestaban palpablemente su disgusto, y en la expresión de sus semblantes se daba á conocer cuan poco les costaría oponerse abiertamente á tan abominable tributo.

Corriendo como un loco, profiriendo palabras incoherentes y con ademanes de profundo despecho, llega entonces Ordoño, uno de los jóvenes mas bien quistos en la ciudad y que mas partido tenía entre sus compañeros por su nobleza y su valor. Venía tan fuera de sí, que hubiera pasado de largo, si ellos no le salieran al encuentro para preguntarle donde iba de aquella manera.

—No lo sé, responde: voy á morir, dejadme.

—Dinos que te ha sucedido.

—¿Qué me ha sucedido, preguntais? ¿No sabéis que hoy es el sorteo de las doncellas? ¿No sabéis que amaba á Jimena?

—Si lo sabemos. ¿Le tocó la suerte á tu querida?

—¡Hoy la veré por última vez!



—Tranquilízate, amigo, el remedio es imposible.

—¡Como imposible! y vosotros, compañeros, sois los que me habláis así? Vosotros no comprendéis lo que yo siento, ni lo que yo soy capaz de hacer. ¿Cómo así permanecéis tranquilos á vista de un tributo tan vergonzoso? Atended que los dolores que hoy me destrozan el alma, vendrán también algún día á martirizar la vuestra. Si sois mis verdaderos amigos, ayudadme: venid, uníos á mi para no permitir tal infamia.

Las animosas palabras de Ordoño hallaron acogida en los demás jóvenes, que desde luego se ofrecieron unánimes á seguirle en aquella empresa; pero uno de los principales habitantes, tan notables por su ancianidad como por su rango, se interpuso así que llegó á entreoir de lo que se trataba, diciéndoles con dulzura:

—Calmaos, mancebos, y no empeceis más nuestra situación con una empresa temeraria en que vais á perderos. No advertís que vuestro intento puede ocasionar una guerra funesta y que además os declaráis en abierta rebelión contra los mandatos de nuestro rey?

—¡Y qué importa! replicó Ordoño, ¿qué consideración merecen esos reyes pusilánimes que no pudiendo rechazar á sus enemigos con la espada en la mano, los han alejado de sus fronteras por medio de tan odioso tributo.

—Jóven, la cólera te ciega y te hace ser injusto: ninguno de nuestros monarcas ha establecido semejante pacto. Un bastardo usurpador, Mauregato en fin, como nacido de mujer infiel, compró el apoyo de los de su secta para que le sostuviesen en el trono que había usurpado, é inventó ese feudo tan odioso. Nuestro monarca no desea más que una ocasión de abolirle para siempre.

—¡Pues bien, yo se la voy á ofrecer! Baste ya de contestaciones: el tiempo urge; ¡A las armas! El que tenga valor que me siga.

—Yo te sigo —Y yo también—Todos! todos!

Así exclamaron los intrépidos jóvenes, exhalando su cólera con gritos y amenazas, que el buen anciano tuvo cuidado de reprimir, diciéndoles:

—Escuchad mi consejo por la última vez, antes de precipitaros en tal empresa. Para ejecutarla con más probabilidad del triunfo y sin que al monarca pueda atribuirse participación en ella, no vayais en su presencia á acometer á nuestros enemigos. Esperadlos, si, fuera de la población en sitio oportuno; cuando se retiren con sus cautivas y disputádselas allí en campo raso, como hombres valerosos que desafían su poder.

Esta idea agradó desde luego á los jóvenes que se convinieron en salir ocultamente de la ciudad, dividirse en varias partidas y juntarse por último en si lo determinado para sorprender á los infieles. Unánimes en esta resolución se prepararon á ejecutarla con las debidas precauciones, pues sino era de recelar que sus mismos compatriotas est. rbasen su designio, era si de temer que los árabes concibiendo algunas sospechas, pudieran evitar el golpe que les estaba preparado.

X.

(Continuará.)

## CORRESPONDENCIA.

Bilbao. Señor don B. G., recibidos los 29 rs., remitidos los números que desea.

Cáceres. Señora doña J. de la R., con las 12 pesetas que su hermano envía deja V. y su hermana doña D. pagado hasta fin de febrero del 80.

Málaga. Señor don F. C., recibidos los 20 rs., puede pedir los números que guste.

Salamanca. Hemos recibido una carta de ese punto con 30 rs. en sellos de correo, viene sin firma y suplicamos á quien la haya escrito se sirva indicarnos su nombre para poder anotarlos.

Santiago de la Puebla. Señora doña M. Y., recibidos los 48 rs. servidos los números que le faltan.

Málaga. Señora doña R. G. B., respondiendo á su carta la diré que nada debe á esta administración, pues tiene abonado hasta fin de abril del 81, y ya sabe que es el 80 el que recibe.

Peñas de San Pedro. Señora doña I. S. de G., anotados los 16 rs., con los que deja pagado hasta junio del 80.

Pozo estrecho. Señora doña D. F., anotados los 12 rs., puede pedir los números que necesite.

Palazuelo. Señora doña A. F. G., en nuestro poder los 8 rs.

Realejo de Abajo. Señor don F. R. y O., mi distinguido amigo, puede decir á los señores suscritores que los 32 números que reclaman son los 32 primeros que han recibido en el año 80, aunque con distinta foliación. Quedo siempre agradecida á su interés.

San Vicente. Señora doña M. G., recibidas las 2 pesetas.

Sahagun. Señora doña P. F., anotados los 28 rs. que envía.

Segovia. Señor don E. M., aun no tenemos en esa quien sustituya al apreciable señor don V. A., pero puede remitir los pagos en sellos de correo, este es el modo mas facil.

Sevilla. Señora doña J. de la B., recibidos los 19 rs. Saludamos afectuosamente á V. y á doña E.

Sevilla. Señora doña J. C., remitidos los números que pedía, los pagos de V. al corriente.

Villadecierros. Señor don J. R., la letra de 56 rs. llegó á nuestro poder y la tiene abonada en cuenta.

Granada.—Imprenta de «La Madre de Familia»